



Boletín del
COMITÉ NACIONAL DE
CONSERVACIÓN TEXTIL

Nº 3 1998
Santiago de Chile

LA SIMBOLICA DEL AMOR: LA VIDA DE TRES MANTAS EN UNA COMUNIDAD MAPUCHE (COLLICO BAJO, IX REGION)

**Mauricio Osorio P.*

Con los datos obtenidos en un trabajo etnográfico realizado durante el año 1991, en la comunidad de Collico Bajo, IX Región, construimos tres historias en las que las mantas desempeñan un rol protagónico en las relaciones sociales de los mapuche.

Cada historia posee una dinámica particular en la que se construye la simbólica amorosa:

I. El amor maltratado: la manta tejida por la Abuela Encaña.

II. El amor recordado: la manta del Abuelo Simón.

III. El amor y la muerte: la manta de Pichi Quiñinao.

Nuestra propuesta surge de la necesidad imperiosa de "conservar" los textiles etnográficos, pues ellos tienen una participación real en la vida actual del pueblo mapuche.

LAS HISTORIAS

I. El amor maltratado: la manta tejida por la abuela Encaña

Sentados frente al fogón, donde se cocía una enorme tortilla al rescoldo, escuchábamos la historia que la abuela nos contaba:

"Este Nino harto que me ha hecho sufrir. Yo lo he criado desde chico, él es nieto mío. Cuando se va a trabajar fuera y quedo sola aquí, sufro mucho, pero siempre vuelve a acompañarme; yo le agradezco a él que se halla quedado a vivir conmigo.

* Artesano Textil, Licenciado en Antropología Social, Universidad de Chile.

Pero hartas veces me ha salido con unas cosas este diablo...

Fíjese que una vez perdió la manta que le tejí para el invierno. Era una manta bonita, me costó mucho tejérla, ve que yo sufro de las manos, de eso que le llaman... romatismo creo que le llaman y estar sentada, después ya me cuesta pararme, me queda un dolor en la espalda cuando paso mucho tiempo tejendo. Bueno le regalé la manta: "Está bonita la manta abuela, le agradezco", me dijo contento.

Habrá pasado una semana y este cabro se va al juego de fútbol, y como en esas cuestiones todos estos hombres se ponen a tomar, terminan todos curados; por eso a mí no me gusta eso del fútbol, porque el hombre va el domingo y a veces ya es lunes y se olvida del trabajo, o también se les calienta la jeta y dejan una semana botada la siembra o la cosecha. Es muy perjudicial la chicha, la cerveza.

Llegó curado aquí, curado total, y ya no traía puesta la manta, ni siquiera la traía en la mano. No sabe la tristeza que me dio ver que no traía la manta.

-Y dónde está la manta Nino?- le pregunté.

No me contestó nada, algo dijo entre dientes y fue directo a la cama. Despertó como a las cuatro de la tarde y ahí le volví a preguntar por la manta.

-No sé na' donde quedó la porquería. Se me debe haber caído por la cancha allá.

Después de un tiempo vinimos a saber que en la curadera un hombre le había robado la manta. Como no le quedaba ya un cinco en los bolsillos, el cristiano ese le robó la manta. Pucha que era bonita esa manta...

Fíjese que yo la vine a encontrar, entre unos matorrales que había en una de las lomas cercanas a la cancha. Fue el día del pago, yo tenía que ir al pueblo, para hacer la cola en el banco. Estaba quemada en varias partes, negra, churrascada estaba. Cuando la vi, así, maltratada y todo, casi se me caen las lágrimas. Estaba toda sucia además, como si la hubieran arrastrado. Yo la tomé con cuidado, tenía tanta pena de verla tan maltratada y me la traje para la casa. Ahora la tengo debajo de la cama; descansando está esa manta."

II. El amor recordado: la manta del abuelo Simón

Llegamos a casa de Don Simón Quiñinao cerca de las cinco de la tarde. Antes y por un error de información fuimos a parar al patio de la casa de Pichi Quiñinao. La niña que nos recibió, nos indicó dónde estaba la casa de Don Simón.

El anciano nos recibió contento, le gustaban las visitas. Nos condujo a la cocina para servirnos un poco de café con tortilla. En la pared, cerca de la puerta de la habitación, colgaba una manta muy raída. Se le notaban los años a esa manta.

Varias veces, al amanecer, vi a Don Simón tomar la manta, colocársela y partir con rumbo desconocido. Era una imagen sobrecogedora, pues la pieza presentaba orificios por todas partes, estaba deshilachada, la lana brillaba de vieja, pero podría afirmarse que al abuelo aún lo protegía del frío.

Cuando volvía, se sacaba la manta y la colgaba en el mismo lugar donde la vimos el primer día. "Fuí a lo de mi hija", nos decía.

Visitar a la hija era casi un rito para él.

En la vida de esa casa se dejaba sentir la ausencia de la mujer. La esposa de don Simón había muerto a los 44 años. El abuelo no buscó otra mujer, prefirió seguir solo en la vida.

Aquella vieja manta se la había tejido ella. Aunque don Simón tenía la posibilidad de encargar una manta a cualquier tejedora de las cercanías o comprarla en el pueblo, nunca lo hizo, prefirió conservar aquella; era como si quisiera mantener a su mujer en el tejido. La manta había envejecido con él.

III. El amor y la muerte: la manta de Pichi Quiñinao

A la mañana siguiente de haber llegado a casa de don Simón, un niño de unos doce años, con el rostro inundado de tristeza, llegó a dar la noticia de la muerte de su padre. Lo había encontrado camino a la escuela, atravesado en un pequeño canal de unos 25 cm de profundidad, a la orilla del camino.

El muchacho vivía en la casa a la cual habíamos arribado por primera vez el día antes.

Nadie había visto el cuerpo esa mañana. Ni Carlos Altamirano, un chileno que vivía junto a su familia, al lado de don Simón; ni la abuela Encaña, que salió temprano, porque iba a pagarse al pueblo. Ni siquiera un grupo de hombres que se dirigía a un aserradero vecino.

Sólo lo vino a encontrar Julio, que reconoció la manta de Pichi Quiñinao. Era aquella que había visto en el telar de su madre algunos años antes.

Mientras caminábamos a ver al muerto, don Simón dijo: "anoche soñé con abejas". Mi pareja comentó al instante que había soñado con filas de hormigas negras. Desde distintos puntos del paisaje se divisaban grupos de personas que se acercaban al lugar.

Cuando llegamos, observé que el cuerpo yacía de espalda, la cabeza y medio tronco en el canchillo, la manta le cubría el rostro y las botas daban hacia el camino. La imagen de la manta me pareció increíble, pues parecía que alguien hubiese subido el textil con la intención de cubrir el rostro del difunto. Pero el Julio nos decía que tal como estaba lo había visto momentos antes.

Mi pareja, no quiso mirar más y se fue. Me contó después, entre sollozos, que ella había visto cómo murió ese hombre y no pudo hacer nada. Había tenido un sueño en donde veía a un hombre obedecer el llamado de hermosas mujeres del agua, de cabellos ondeantes, que a través de cantos y danzas seducían el alma del sujeto. Las mujeres emergían de un estero de muy poca profundidad, en el cual el hombre se ahogó.

Durante el velorio, observamos que el difunto estaba vestido con la misma manta que llevaba al morir. Supimos además, que en realidad era abuelo de Julio, pero el niño le decía papá porque lo había criado a él y a su hermana después que sus verdaderos padres murieron.

La comunidad de Collico Bajo presenta una economía de subsistencia, basada en la producción de cereales, leguminosas y tubérculos y en la ganadería ovina. La tenencia de la tierra es familiar, impera el parentesco y la migración a los centros poblados es importante, siendo igual entre hombres y mujeres.

El *mapudungun* es hablado por la mayoría de la población adulta e incluso es enseñado a los niños en las casas.

En este contexto, nuestros personajes mantienen relaciones de parentesco bastante cercanas. Es así, como la abuela Encaña es cuñada de don Simón, y éste a su vez es tío de Pichi Quiñinao. Las edades de estas personas fluctúan entre los cincuenta y cinco y los ochenta años.

El análisis del material expuesto, está basado en la propuesta teórico-metodológica del antropólogo Clifford Geertz, quién plantea que "...el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones" (1987: 20).

En principio, nuestro trabajo etnográfico estaba dirigido a recabar información concreta en torno al mundo textil, como por ejemplo, montaje de telares, proceso de producción de una prenda, calidad del hilo utilizado. Este objetivo no se cumplió como hubiésemos querido, pues dicha información parecía no existir en el lugar. A lo más, llegamos a saber que la abuela Encaña era tejedora, pero que no sabía tejer *ñimin*. Volvimos con algo de decepción. Pero al revisar nuevamente la información general de la comunidad, nos dimos cuenta que sí había datos sobre textilera y que se podía hacer mucho con ellos.

Habíamos anotado todo lo referente a la muerte de Pichi Quiñinao; en la descripción de la casa de Don Simón aparecía la imagen de aquella vieja manta; por último, teníamos el testimonio de la Abuela Encaña.

Entonces, comenzamos a darle un sentido a esta información y en esa labor Geertz resultó de suma utilidad.

La manta como prenda textil, se encuentra mediante una relación genérica. Es un objeto que nace en el mundo femenino pero que transita hacia el masculino. Este tránsito, se hace posible en un contexto privado, familiar, que permite darle sentido: la mujer confecciona la manta pensando en su marido, en su hijo, en su nieto. Cada paso de la trama a través de la urdimbre va cargado de cariño. Y aún antes, en la elección y preparación de la lana, se observa esta situación. La lana es la mejor que las ovejas puedan

dar, la más larga, la más firme. El hilado es realizado con esmero.

Si comparamos una manta que tiene por destino el contexto familiar, con una tejida para el comercio, apreciamos la diferencia: aquella que transita al mundo público, está mal tejida, la calidad del hilo es pobre, el objeto está vacío.

Observamos claramente cómo, al realizar la actividad textil, se va construyendo la simbólica amorosa que permitirá otorgar a la manta una carga valórica muy fuerte: las mujeres, cuando tejen, ya sea para sus esposos, hijos o nietos, están pensando en cobijar, proteger, cuidar el cuerpo de esos hombres. Este gesto amoroso va plasmando cada uno de los hilos del tejido; así, la manta se convierte en la prolongación del ser femenino. En adelante será ella la compañera, la encargada de proteger y cuidar al hombre, mientras éste ande los caminos, abra surcos, siembre o coseche.

Cada una de nuestras historias nos proporciona una mirada distinta para apreciar la simbólica amorosa. En el caso de la manta tejida por la Abuela Encaña observamos cómo un acto irresponsable, provocado por el consumo de alcohol, maltrata el cariño que ella depositó en el textil. Ese cariño significaba cobijo para el nieto, pero también familia, es decir, cualquiera que viera al muchacho, sabía que tenía una familia, no importaba que sus padres no estuvieran, tenía a su abuela, tenía su manta.

Pero la manta es maltratada y es como si la Abuela hubiese sido la maltratada, quemada, abandonada. El nieto desprecia el amor de la abuela, lo abandona a su suerte en manos ajenas.

Cuando la abuela encuentra la prenda, comprende que el dolor era pasajero, que aún es reparable. Es por eso que la recoge y la lleva a la casa, luego la guarda debajo de su cama en un intento por devolverle el cariño que ha perdido y con ello reparar el dolor de su propio corazón.

La historia de don Simón nos permite entrar en el mundo del amor conyugal. El aún conserva la manta que su esposa le tejiera; a través de esa prenda mantiene vivo el recuerdo de su mujer y

la mejor expresión de ello es la condición del objeto: está raído, gastado, deshilachado. En otras palabras, está usado. El abuelo se coloca la manta en las mañanas frías, porque siente que aún en ese estado, lo protege.

Pero a la vez, el objeto textil actualiza la ausencia de la esposa, pues su deplorable estado no lo sería posible si esa mujer viviera; es más, si así fuera, el hombre tendría otras mantas.

Todos sabemos que la mujer mapuche debía saber tejer para casarse. El conocimiento textil era requisito básico para el matrimonio. Aquella mujer que no demostraba habilidad era devuelta a la familia. Una vez casada, la mujer debía confeccionarle una manta al marido y seguir haciendo tantas como quisiera él o ella misma.

La tercera historia nos remite al plano mágico. Aquí la simbólica amorosa trasciende el orden humano, pues el objeto textil aparece realizando un acto increíble: se vuelve sobre sí mismo, y esconde el rostro del difunto, lo cobija a la espera de que un familiar, el hijo-nieto, los encuentre. Es la manta la que da a conocer al niño la tragedia. Pero este acto de volverse sobre sí ocurre gracias a la carga amorosa que posee el objeto textil, capaz de comprender el tránsito del alma del muerto y de acompañarla en dicho viaje.

Es por eso que el difunto es velado y enterrado con su manta, pues ella lo cobijó aún en la muerte. La lectura será entonces que, aquella prenda cargada de amor, lo seguirá acompañando en el viaje hacia el "oeste".

Las tres mantas que aparecen en estos relatos, corresponden a las llamadas "**mantas de diario**" o *kachu makuñ* que son aquellas que sirven para el trabajo de todos los días, para la vida cotidiana. Esto resulta interesante, ya que a simple vista una manta de diario es una prenda tosca, de lana cruda, sin teñir, en general sin diseños; a lo más puede tener listas de otro color. Entonces, si estas prendas están hechas con una carga de amor como la que hemos apreciado a través de nuestras historias, pensamos que aquellas mantas que sí presentan decoración y un mayor colorido poseen una carga aún mayor.

CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Nuestra exposición ha pretendido abordar el mundo textil mapuche desde la interpretación de un conjunto de datos etnográficos. Siguiendo a Geertz (op.cit.), debemos decir que lo que hemos realizado son interpretaciones de segundo orden o quizás de tercer o cuarto orden.

El trabajo interpretativo puede resultar en ocasiones demasiado irreal, sobre todo cuando manejamos información dura en relación a los objetos textiles, como por ejemplo, calidad de fibras, estructuras, técnicas de decoración, de teñido, entre otros. Pero debemos decir que la maravillosa capacidad que el ser humano tiene de otorgar vida a las cosas a través de sus propias emociones e imaginación es infinita.

Sin embargo, el contexto cultural de cada grupo entrega cierta estructuración a dichas capacidades, podríamos decir que las guía.

Con la idea de reconocer ese contexto cultural, proponemos generar una "conservación discursiva" de los textiles etnográficos. Tenemos la posibilidad de rescatar el sentido y el valor de los textiles al interior de la cultura, a través de los discursos que los individuos van construyendo en relación a ellos. Las prendas van cobrando vida en cada relato en que están presentes; en ellos las encontramos desempeñando roles con respecto a otras prendas y con respecto a las personas; la característica de espacialidad de los objetos textiles, les permite desempeñarse como soporte comunicativo entre los individuos, quienes pueden "leer" los mensajes culturales presentes en el tejido. En el caso de las mantas, encontramos un discurso de género que las define como objetos mediadores entre el mundo femenino y el masculino. La simbólica amorosa presente en estos objetos sería una forma del discurso de género al que aludimos. Así, al conocer los aspectos discursivos presentes en la existencia de cada textil, estamos conociendo su lugar en la cultura.

Entendemos que la imagen de un hombre mapuche en cualquier pueblo o ciudad del sur, usando una manta común, no es atractiva para la mayoría de las personas, pero nos hemos dado cuenta que lo que rodea aquella imagen es un mundo simbólico y estético impresionante.

En esta ocasión, hemos utilizado el concepto de amor, entendido como la entrega gratuita de una parte de mi propio ser al otro que resulta ser parte de mi vida. Esto nos ha permitido conocer una parte de la discursividad presente en el mundo textil, pero sabemos que hay otros lugares por los cuales transitar esa discursividad y nos gustaría recorrerlos.

EPILOGO

Años atrás, le comentaba estas historias a una profesora de la facultad y ella me relató lo siguiente: "Una joven mapuche que trabaja acá en Santiago, me contó que hace poco se le murió su abuelo. Durante el velorio, los hijos del difunto discutían si enterrar al padre con su manta o guardar ésta de recuerdo. Se decidió lo último y el padre de la muchacha se quedó con la manta. Luego que enterraron al anciano, el hombre soñó con su padre que le preguntaba muy afligido y tiritando: ¿por qué me has dejado sin mi manta hijo?"

BIBLIOGRAFIA

- GEERTZ, C.,
1987 *La interpretación de las culturas*. México:
Editorial Gedisa.